



Seminario sobre Cooperativismo en el Sur Global

Intercambio de teoría y práctica
marzo a junio de 2026

Interpretación simultánea:
• inglés • español • portugués • chino

Organizador:

Autogestión y cooperativismo popular en América Latina: lecciones de Argentina y Brasil

Por Luján Veiga, para RAÍCES.

2026/05/20

El 7 de mayo de 2026 tuvo lugar la tercera sesión de la serie de seminarios en línea “Cooperativismo del Sur Global”, organizada por la Asociación Internacional de Cooperación Popular (IAPC) y coorganizada por el Foro Académico del Sur Global, la Facultad Josué de Castro de Brasil y la Secretaría de Economía 24H+ de Ghana. Esta edición se centró en América Latina y contó con dos ponentes: Andrés Ruggeri, investigador de la Universidad de Buenos Aires y coordinador del Programa Facultad Abierta, y Antonio Rodrigues, director del área de producción del MST de Ceará, Brasil. Tras una primera sesión dedicada a teorías del cooperativismo y una segunda a Asia en general, esta edición latinoamericana siguió construyendo un mosaico de experiencias



del Sur Global, cada una arraigada en su propio contexto, pero unidas por una pregunta común: ¿por qué organizarse colectivamente y cómo? Ambas presentaciones ofrecieron un relato vívido de lo que significa construir una economía popular en condiciones adversas, y del cooperativismo no como modelo de negocio, sino como proyecto político.

La experiencia argentina: autogestión obrera en tiempos de crisis

Andrés Ruggeri presentó más de dos décadas de historia del movimiento de las Empresas Recuperadas por los Trabajadores (ERT) en Argentina. El lema “Ocupar, resistir y producir” del MST de Brasil inspiró a más de un centenar de fábricas y empresas a ser ocupadas por sus trabajadores para evitar los cierres masivos impulsados por una década de capitalismo neoliberal extremo, en el contexto de la crisis de 2001 en Argentina.

Ruggeri describió el arco típico de un proceso de recuperación. Comienza con lo que él denominó “vaciamiento empresarial”, el deterioro deliberado de una empresa por parte de sus propietarios, a menudo como preludeo de una quiebra fraudulenta. Los trabajadores llegan un lunes y se encuentran las puertas cerradas y una nota que dice que la fábrica ha cerrado. A partir de ese momento, el conflicto se intensifica a través de la ocupación, la resistencia y, a menudo, los enfrentamientos con la policía que intenta desalojarlos. Solo tras esa prolongada lucha comienza el proceso de consolidación de la autogestión. Este origen, subraya Ruggeri, es lo que distingue a las ERT de las cooperativas que parten de cero. Aquí existe una disputa fundamental sobre la propiedad privada. La lógica hegemónica del capitalismo sostiene que los trabajadores no son propietarios y no tienen derecho a dirigir una empresa. Desafiar esa lógica es el primer acto de toda recuperación.

De esa urgencia surgió la capacidad demostrada de la clase trabajadora para gestionar colectivamente la producción, tomar decisiones en asamblea y construir formas de democracia interna en espacios anteriormente regidos por un mando vertical. Cuando el movimiento estaba en su momento álgido, en 2001 y 2002, logró presionar a las legislaturas para que expropiaran las empresas en conflicto y las entregaran en concesión a cooperativas de trabajadores. Hoy, con más de 415 empresas y aproximadamente 14.100 trabajadores, el movimiento sigue activo, aunque se enfrenta a un contexto particularmente hostil bajo el actual gobierno, donde los cierres superan ahora a las nuevas recuperaciones. Una señal reveladora de esta hostilidad es un proyecto de ley conocido como Ley de Defensa de la Propiedad Privada (**Nota de la traductora:** La administración actual presentó formalmente este proyecto de ley al Senado argentino el jueves 26 de marzo de 2026), que limitaría severamente o bloquearía de hecho los procesos de expropiación. Como señaló Ruggeri, esto no es solo un ataque a las empresas recuperadas, sino a todas las experiencias populares que luchan por la tierra, el territorio y los lugares de trabajo colectivos.



Las ERT deben competir en el mercado capitalista para sobrevivir, lo que genera tensiones constantes en torno a las jornadas laborales, la distribución de los ingresos y la toma de decisiones estratégicas. La falta de capital, el acceso al crédito severamente restringido debido a la precariedad jurídica y la ausencia de un apoyo estatal sostenido son obstáculos estructurales. Pero la lección central que propone Ruggeri es tanto económica como política. La autogestión recupera el empleo, sí, pero sobre todo democratiza el trabajo en sí mismo, transformando relaciones que son absolutamente verticales bajo el capitalismo en espacios de toma de decisiones colectivas y responsabilidad compartida.

La experiencia brasileña: tierra, cooperativas y agroecología en Ceará

Antonio Rodrigues, director del área de producción del MST en Ceará, presentó un modelo de cooperativismo que el movimiento ha tenido que reinventar deliberadamente. El cooperativismo tradicional ya existía en Ceará desde hacía décadas y había fracasado en gran medida, funcionando como una empresa comercial, pluriclasista y gestionada de forma centralizada, alejada de la vida política de sus miembros. Lo que el MST construyó en su lugar es lo que Rodrigues denominó cooperativismo alternativo: unclasista (solo pequeños productores asentados en territorios de la reforma agraria), gobernado colectivamente, centrado en la agroindustrialización y orientado hacia la vida comunitaria en su conjunto. La diferencia, subraya, no es técnica, sino política.

Las razones para organizar la producción de esta manera son profundamente históricas. Tras años de lucha por conquistar la tierra, el MST comprendió que la democratización de los medios de producción no se limitaba al acceso a la tierra. Era necesario organizar el trabajo en sí mismo. Como dijo Rodrigues: “Transformamos la teoría en tierra, la tierra en producción y la producción en autonomía”.

En Ceará, esto se materializa en más de 200 asentamientos, más de 11.000 familias organizadas y cinco agroindustrias en funcionamiento en todo el estado. El caso de COOPALC (Cooperativa Regional de Produção Agroindustrial Luiz Carlos), una cooperativa de procesamiento de anacardos y frutas, ilustra el modelo. Articulada en torno a dos líneas de producción —pulpas de frutas (anacardo, guayaba, mango) y anacardos (tostados, asados y almendras naturales)—, la cooperativa ha desarrollado su propia marca, Terra Conquistada, que hoy llega a supermercados, restaurantes, ferias y compradores institucionales. Uno de sus logros más concretos fue la eliminación del intermediario que antes se quedaba con gran parte del valor de la cosecha. Ahora la cooperativa fija los precios directamente, y ese margen se queda en manos de los miembros. También ha desarrollado una línea con certificación ecológica, lo que añade más valor y diferenciación en el mercado.



Rodrigues destacó el papel central de las mujeres y los jóvenes en este proceso. Las agroindustrias son espacios donde los jóvenes de los asentamientos asumen funciones de gestión y operativas, y donde las mujeres desempeñan un papel protagonista en la producción. Esto no es casual, sino intencionado. La cooperativa se entiende como una herramienta para la transformación de la comunidad, no solo como una fuente de producción económica.

Rodrigues fue franco sobre los retos persistentes, entre ellos la estacionalidad, la vulnerabilidad de la apicultura a la sequía y al cambio climático, los obstáculos burocráticos para regularizar las agroindustrias y la dificultad constante de convencer a los miembros de que reinviertan las ganancias en lugar de distribuirlas inmediatamente. Reconoció que la construcción de la conciencia cooperativa es un proceso continuo de educación interna. En esencia, el cooperativismo del MST es inseparable de la disputa por la tierra. Organizar la producción de forma colectiva no es posible sin conquistar primero el territorio donde tiene lugar dicha producción.

Interacciones: En busca de la sostenibilidad

La sesión incluyó un turno de preguntas y respuestas que amplió algunos de los temas centrales de ambas presentaciones.

Al ser preguntados sobre las estrategias para fortalecer y mantener las cooperativas a lo largo del tiempo, ambos ponentes señalaron la relación entre el impulso político y el apoyo institucional. Ruggeri señaló que cuando el movimiento ERT estaba en su momento de mayor visibilidad y legitimidad, alrededor de 2001 y 2002, consiguió leyes de expropiación y modificaciones a la legislación sobre quiebras. A medida que ese impulso se fue debilitando con el tiempo, también lo hizo el apoyo estatal. Bajo el actual gobierno, afirmó sin rodeos, no existe política pública para nadie excepto para las empresas. Rodrigues añadió que la sostenibilidad interna también depende de la construcción de una conciencia cooperativa para reinvertir las ganancias en lugar de distribuirlas inmediatamente, un proceso que requiere una educación política continua entre los miembros.

Una segunda pregunta abordó el reto de construir solidaridad a lo largo de toda la cadena productiva. Ruggeri fue directo sobre los límites. Las cooperativas generalmente no controlan sus cadenas de valor, y los intentos de construir redes sectoriales —una red de gráficos, una red de metalurgia, una cadena textil solidaria que vincule a los productores indígenas de algodón del Chaco con cooperativas de hilado y tejido— rara vez han logrado sostenerse. Los productos son diferentes, la maquinaria es diferente y, sin un movimiento más amplio o una política estatal que impulse esa dirección, la coordinación se desmorona. El objetivo sigue siendo importante, dijo, pero aún no existe un modelo claramente exitoso.



Conclusión

La tercera sesión de la serie “Cooperativismo del Sur Global” demostró, a través de dos contextos muy diferentes, que el cooperativismo popular no es un modelo fijo, sino una práctica viva, construida en movimiento, moldeada por la lucha política, las condiciones materiales y la voluntad colectiva de quienes participan. Las cooperativas son procesos que se construyen sobre la marcha, y las experiencias latinoamericanas presentadas lo dejan claro con honestidad.

Ambas experiencias comparten que los procesos organizativos en América Latina están interconectados y tienen un origen común. Surgieron como respuesta a las políticas neoliberales que concentraron la tierra y el capital, cerraron unidades productivas y empujaron a los trabajadores y campesinos hacia la marginación. Las fábricas recuperadas en Argentina y los asentamientos de la reforma agraria en Brasil son dos formas de la misma lucha por quién controla las condiciones de trabajo y producción, y quién tiene derecho a organizar la vida colectiva. Como señaló el moderador de la sesión al concluir, la organización nunca es individual, y la salida es siempre colectiva.

Lo que ambas experiencias comparten también es la centralidad de la democracia interna como medio y como fin. La asamblea general y la toma de decisiones horizontales son herramientas organizativas y prácticas transformadoras para los pueblos. Los trabajadores y campesinos que comienzan a decidir colectivamente sobre su propio territorio y su trabajo ya no son los mismos que al principio. Esa transformación es, quizás, el logro más profundo del cooperativismo popular.

Escuchar experiencias de diferentes continentes —Asia, América Latina y, próximamente, África— enriquece esta reflexión precisamente porque no hay un único camino. Cada contexto trae consigo sus propias tensiones, su propia historia de resistencia y organización. Lo que comparten es la convicción de que las soluciones colectivas son posibles, y de que la organización es el primer paso para construirlas.

La serie de seminarios continúa con una sesión centrada en África el 29 de mayo. Quienes deseen seguir este proceso pueden inscribirse a través de la página [web de IAPC-ROOTS](#).
